

VII Diálogo presidencial 'La democracia occidental tras el flagelo de la guerra'

Miami, 25.10.22

Las ideas liberales han conformado las instituciones generadoras del predominio occidental.

En el corazón de esas instituciones es fácil discernir tres libertades, digamos “fundacionales”: la libertad intelectual, la libertad política y la libertad económica.

La libertad intelectual postula el acceso a la verdad mediante el pluralismo crítico. Cristaliza en instituciones garantes de la libre expresión del pensamiento.

Democracia es el nombre contemporáneo de la libertad política. Las revoluciones liberales pusieron el poder en manos de magistraturas electas y renovables; suprimieron el monopolio político de la aristocracia.

Gobiernos responsables ante asambleas renovadas periódicamente. La libertad política maduró en el derecho de oposición y la extensión progresiva del sufragio.

La libertad económica mejoró la sociedad al mejorar la condición de los asociados. Los economistas no inventaron, descubrieron, el funcionamiento de la economía de mercado.

Se advirtió que “la riqueza de las naciones” dependía de cierto nicho institucional: derecho de propiedad, moneda estable, libre comercio. La libertad, regulada por el derecho y los precios, lejos de conducir al caos, mejoraba el orden económico.

El conocimiento científico y la libertad de mercado permitieron a Occidente obtener un beneficio exponencial con respecto a las sociedades tradicionales.

El crecimiento demográfico de los tres últimos siglos es expresión elocuente de una revolución cualitativa en la historia humana. Desde 1750 la población mundial ha pasado de 700 a 7.000 millones de habitantes.

Esa explosión demográfica empieza en Europa. Ese avance civilizatorio es específicamente occidental. Se basa en el crecimiento en libertad; y depende del crecimiento en libertad.

Hasta la Revolución Industrial, producción, población y consumo totales crecían simultáneamente, pero la producción y el consumo *per cápita* apenas aumentaban.

Tras la Revolución Industrial, la tasa de producción empezó a crecer de tal modo que, a pesar de provocar en la población un crecimiento sin precedentes, condujo también a un aumento de la producción *per cápita*. En Occidente aquel aumento, base de su prosperidad, ha continuado hasta hoy.

Esto demuestra palmariamente que cualquier país puede elevarse de la pobreza a la abundancia, a partir de las más primitivas condiciones.

Todos los países empezaron siendo pobres. La división del trabajo dentro de su territorio y el intercambio con otros de fuera, fueron siempre etapas que jalonan el camino hacia la prosperidad.

CRECIMIENTO Y LIBERTAD, IMPLICADOS

La “economía del desarrollo” es tema recurrente para muchos economistas. La investigación sobre cómo los países pobres se hacen ricos ha fatigado múltiples variables: población, educación, inversión de capital...

Pero, después de todo, el crecimiento económico no es ningún misterio. Es consecuencia de la acción humana.

La humanidad ha reflexionado sobre él, sin embargo, sólo durante los tres últimos siglos. Hemos tenido tiempo de aprender algo sobre el tema.

Y lo hemos hecho. Hace mucho, dos grandes economistas nos dieron las explicaciones necesarias, congruentes con la experiencia histórica y con la nuestra personal. Adam Smith, en el siglo XVIII, y Joseph Schumpeter en el XX.

Ambos coinciden en esto: cuando las personas tienen la libertad de ocuparse en actividades económicas con el fin de mejorar su condición de vida, cuando a los emprendedores se les deja en libertad de innovar, entonces hay crecimiento económico.

Cuando esas libertades son restringidas por el gobierno, se reduce el crecimiento, o simplemente, no tiene lugar.

La verdad de estas ideas la confirma un somero examen histórico. Pero es una verdad que resulta incómoda. Por lo que dice, y por lo que no dice.

Porque no dice que el crecimiento económico sea algo generado por el gobierno. El crecimiento económico no obedece a ninguna planificación. Sino a que las personas responden espontáneamente a incentivos. Incentivos siempre presentes. Los gobiernos pueden suprimirlos, pero no crearlos.

ENEMIGOS IDEOLÓGICOS DEL CRECIMIENTO EN LIBERTAD

Sobreviven tenazmente, incluso tras la catástrofe totalitaria, los mitos ideológicos. La visión de sociedades utópicas, el perfeccionismo, el dirigismo económico.

Las sociedades libres moderan estas creencias, obligándolas a acomodarse a una ética individualista. Pero esas sociedades se resienten cuando las cosas no progresan adecuadamente.

El desastre siempre las acecha, como a cualquiera otras. Aunque tal vez ellas sean particularmente frágiles.

Cuando la adversidad las golpea, pronto sufren impugnación. Es el momento de los utopistas. Decía Cabet, socialista utópico del XIX: “Nada es imposible para un gobierno que desea lo mejor para sus ciudadanos”.

Es una especie de imperativo colectivista que siempre ronda a las sociedades liberales, difícil de exorcizar por completo. Porque sus fracasos lo retroalimentan.

La gran expansión del Estado en tantas sociedades no ha traído pueblos más felices, ni gobiernos - hipertrofiados- más estables. Aun así, se exige más intervención.

Es como creer que la dosis mayor de una medicina curará la enfermedad causada por una dosis menor del mismo medicamento.

Vivimos en un mundo de promesas; en un mundo así, es normal que nos sintamos algo desposeídos. Y la frustración de expectativas de bienestar es peligrosa.

Estudiando la Revolución por antonomasia, Tocqueville formuló una ley válida para todo estallido social. Tiene lugar no cuando las situaciones son pésimas y la pobreza generalizada, sino cuando las condiciones mejoran y se disparan las expectativas.

Los franceses de 1789 estaban irritados contra los nobles porque eran *casi* sus iguales. La burguesía francesa del siglo XVIII era rica y *casi* tan poderosa como la nobleza. Fue este *casi* lo que la exasperó; su estímulo fue la cercanía de la meta: son siempre los últimos trancos los que desatan la impaciencia.

La lección aprovechable de la 'ley Tocqueville' es que nunca ha de actuarse con el simple propósito de apaciguar la agitación. Hacerlo así denota debilidad o mala conciencia, y solo conduce a exigencias mayores. El gobierno que cede ante el chantaje solo conseguirá precipitar las consecuencias que teme.

DESAFÍOS: INTERVENCIONISTA, NEOMALTUSIANO Y TECNOLÓGICO

Es paradójico: el éxito de la libertad económica alimenta expectativas que desatan una impaciencia miope que, a su vez, amenaza el sistema que las hace posibles.

Esa impaciencia compromete el crecimiento en libertad y los beneficios que comporta. Por su culpa, el número de falsos remedios contra la pobreza es infinito.

Suelen descansar en una gran falacia. La de suponer que la producción se compone de una cantidad *fija* de bienes y servicios, producidos por un capital *fijo* en cantidad y calidad, que proporciona un número *fijo* de puestos de trabajo.

Se descuenta que esa producción inmutable marcha más o menos automáticamente, sin que influyan en ella los incentivos de productores, trabajadores y consumidores. Escuchamos a diario que “el problema de la producción ha sido resuelto”, y solo hace falta una “mejor distribución”.

Es el viejo socialismo repintado: la “redistribución” se traduce en subvenciones, gasto público explosivo, impuestos punitivos al ahorro, los beneficios y las herencias.

Falsos remedios. La mayoría de las personas siempre reconoció en el ahorro y el trabajo el remedio de la pobreza. En el campo de la organización social, fue surgiendo, sin plan consciente, un sistema de división del trabajo, libre intercambio y cooperación al que hoy llamamos libre empresa o capitalismo, según se quiera honrarlo o menospreciarlo.

Uno de los rostros que adopta el menosprecio es el de la “teoría del decrecimiento”. Se nos advierte que, inevitablemente, el mundo necesita una disminución controlada y progresiva de la producción para enfrentar la crisis sistémica ligada a los límites de los recursos energéticos del planeta.

Este pensamiento plantea la ruptura de uno de los principales consensos políticos, a derecha e izquierda: la búsqueda del crecimiento.

Hasta la guerra y la actual crisis energética por la escasez de gas y petróleo, esta teoría no sonaba mucho en la política española. Sin embargo, ahora, una parte del Gobierno, con el ministro de Consumo a la cabeza, la adopta para evitar -dicen- la “barbarie a la que se encamina la civilización”.

Uno de los partidos coaligados en el Gobierno ha publicado recientemente un manifiesto titulado “Decrecer para vivir”. Denunciando que la concepción económica del “crecimiento continuo” ha dejado al mundo a “las puertas de una conjunción de crisis energética, climática y de biodiversidad sin precedentes”, y apostando por “un replanteamiento total de los modelos de producción y consumo”.

El ministro, a su vez, publica artículos¹ proponiendo el “decrecimiento” como salida a la crisis. Aboga por lo que llama “estrategias de suficiencia”: la reducción de “la escala material de la producción y el consumo”.

¹ [Los límites del crecimiento: ecosocialismo o barbarie - laU \(la-u.org\)](http://la-u.org)

Desde la publicación del informe, *Los límites del crecimiento*, en 1972, existe un veredicto sobre el desarrollo económico. El agotamiento de los recursos naturales, especialmente los hidrocarburos, la aceleración del calentamiento global y el temor a una extinción masiva de especies vivas son tomados como evidencia de que el modelo de desarrollo occidental no es sostenible.

Es muy legítimo preocuparse por esos retos. Pero no es tan legítima la desconfianza en el progreso técnico a la hora de contribuir a la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero, por ejemplo.

Según ese recelo, pongo por caso, el verdadero avión descarbonizado no sería el que consumiera menos combustible, sino simplemente el que no volase.

Por supuesto, debemos insistir en el imperativo de la eficiencia energética, pero también debemos evitar llevar el razonamiento demasiado lejos: si el único objetivo de nuestras acciones fuera reducir nuestra huella medioambiental, entonces la condición humana, e incluso la vida misma, estarían amenazadas.

Decir “la verdadera vida descarbonizada es la muerte”, haría autocontradictorio el principio de precaución.

El progreso técnico no cambiará el hecho de que estamos limitados por un stock de recursos perecederos y un flujo determinado de energía solar. Nadie afirma lo contrario: el infinito no es de este mundo.

Pero es completamente falso afirmar que las existencias y flujos que sustentan nuestro crecimiento sean independientes de nuestro nivel de dominio tecnológico.

Sin el dominio de la extracción de petróleo, las reservas de hidrocarburos no nos servirían de nada; sin el dominio de la fisión nuclear, tampoco lo harían las reservas de uranio, y sin el dominio de las tecnologías fotovoltaicas, el flujo solar sólo sería utilizable mediante la fotosíntesis y ciertos usos térmicos ineficientes.

El progreso técnico tiene, por tanto, dos efectos principales: nos permite utilizar ciertos recursos de forma más eficiente para mantener la economía en funcionamiento, y aumenta otros inmediatamente disponibles. Este segundo efecto se descuida con demasiada frecuencia.

Además, es importante no subestimar el componente inmaterial del crecimiento. Hay dos formas de crear riqueza: o bien produciendo más "cosas" o bien organizando y disponiendo mejor esas "cosas".

Es evidente que la tecnología digital desempeña un papel fundamental en el apoyo a este crecimiento intangible. Las nuevas tecnologías tienen una huella material y medioambiental, pero ésta puede ser bastante limitada en comparación con el valor añadido que aportan si se utilizan con prudencia.

No subestimemos la inventiva humana; esperemos que pueda combinarse con el sentido de nuestras responsabilidades colectivas concretándose en políticas medioambientales acertadas.

Políticas tan pegadas a la realidad como alejadas de la ideología. Porque si el fenómeno del cambio climático es una realidad, también lo es su utilización para la satisfacción de agendas radicales.

La activista Naomi Klein lo ha reconocido expresamente, diciendo que los "derechistas tienen razón" cuando denuncian que el cambio climático se utiliza "para avanzar en la aniquilación del capitalismo"².

Por último, el crecimiento en libertad no solo enfrenta enemigos ideológicos, también es desafiado por amenazas inherentes a su propio desenvolvimiento.

La Cuarta Revolución Industrial ha llevado el desarrollo tecnológico a un punto tal, que la posibilidad de su regulación parece estar rebasada por la velocidad del cambio.

Existe el riesgo real de perder el control del uso de las nuevas tecnologías. La política debe imponer, en este contexto, unas reglas mínimas sin impedir la innovación.

² N. Klein. *Esto lo cambia todo: el capitalismo contra el clima*, 2015.

La comunicación social, la información personal, emigran hacia las plataformas digitales. Los Gobiernos, en colaboración con la esfera de los negocios y la sociedad civil tienen que crear reglas para mantener la justicia, la competitividad, proteger la propiedad intelectual y garantizar la seguridad de los ciudadanos.

Tengo escrito que “la cuestión es si podemos desarrollar un recurso alternativo de equilibrio para la ciberseguridad análogo al de la no proliferación nuclear”.

Si los desafíos de la cuarta RI los hemos creado nosotros, nos toca definirlos y elaborar políticas para responder a ellos. Es necesario un marco institucional global y nacional para controlar la difusión de la innovación y mitigar la disrupción.

Nuestro creciente dominio técnico de la naturaleza ha hipertrofiado la dimensión corporal de la humanidad: sus brazos se han alargado enormemente. Por eso advertía Bergson: “el cuerpo agrandado espera un suplemento de alma”.

La revolución tecnológica debe ser un instrumento al servicio de la sociedad liberal, no una fuerza ciega capaz de arrastrarnos.

LA CIVILIZACIÓN, CAPITAL TRANSMISIBLE

Nuestra postulación del crecimiento en libertad no es tema de repertorio macroeconómico. Es un requisito para la supervivencia de la civilización.

La civilización occidental está siendo objeto de muchos ataques. Desde dentro y desde fuera.

La ‘cultura de la cancelación’, las distintas manifestaciones del nihilismo posmoderno, son morbos incubados en todas las sociedades libres.

Padecemos un exceso de activismo irresponsable a la hora de promocionar ciertas agendas. Estas agendas políticas tienen que ver con un cierto narcisismo mesiánico: se nos invita a la autocomplacencia por apoyar tesis “correctas”.

Creo que es hora de aportar coraje y convicción. Me parece que ha llegado el momento de dirigirse a las generaciones jóvenes e invitarles a tomar posesión de su herencia.

La civilización occidental no es un residuo limitado por la geografía. Es un depósito llamado a enriquecerse: algo abierto, generoso y creativo.

Abordamos un problema material: el del crecimiento económico. Y no podemos olvidar que la civilización, no sólo para desarrollarse, sino para mantenerse, necesita un soporte material.

Supone, en primer lugar, seguridad, lo que a su vez presupone estados organizados y finanzas sanas. Es planta de invernadero. Requiere la satisfacción de muchas condiciones económicas, sociales y políticas.

Arriesgando una definición, diría que la civilización es el estado social en que cada individuo que viene al mundo encuentra mucho más de lo que aporta. Es decir, la civilización es, ante todo, un capital.

Un capital transmitido. Porque el conocimiento, las ideas, las mejoras técnicas y la moral se capitalizan como cualquier otra cosa.

Capitalización y tradición - *tradición* es transmisión - son dos términos inseparables en la idea de civilización. Si falta uno u otro, la civilización queda comprometida.

Hoy Occidente está comprometido, porque está en guerra. El crecimiento en libertad, base de su civilización, es desafiado, desde dentro, por tentaciones disolventes; y desde fuera, por amenazas bélicas.

Occidente alberga en su seno el remedio. Si atiende a su verdad histórica, permanecerá fiel a la libertad; y advertirá que el futuro depende de un puñado de virtudes humildes: el trabajo, la disciplina y la paciencia.

Ucrania simboliza y resume todo esto. Como las vidas destruidas, como los campos arrasados, como las ciudades derruidas, tendremos que reconstruir muchas cosas que dábamos por sentadas.

Muchas gracias.